

Autor: Abilio Ayuso

EL ASESINO

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



¿Puede un asesino ser buena persona o viceversa?,
¿puede haber gente decente a su alrededor que
conozcan su delito y sin embargo le ayuden a
ocultarlo?. Esta novela policíaca nos da la clave.

+16

Andrés era lo que se acostumbra a decir, un buen chico. No era juerguista ni vicioso, estaba volcado en sus estudios de biólogo consiguiendo ser el primero de su promoción, acabó el doctorado mientras trabajaba y consiguió un buen empleo.

Aunque no era tacaño tampoco derrochaba en lujos, no hacía ostentación de marcas caras, conducía un modesto vehículo de segunda mano y aunque le gustaba viajar siempre lo hacía en plan mochilero o aprovechando proyectos de su propio trabajo.

Eso le permitió ahorrar y dedicar el dinero a lo que realmente le hacía ilusión, una casa confortable en una buena zona residencial rodeado de gente más o menos afines a él, donde poder fundar una familia que viviera feliz.

Al cabo de un tiempo pudo dar una buena entrada para comprar una preciosa casita en una urbanización habitada en su mayoría por profesionales de prestigio como él, abogados, científicos, médicos, ingenieros, Etc.

Solo le faltaba una cosa, la familia, a sus treinta y tres años permanecía soltero y sin compromiso, tal vez debido a su timidez, o que no era lo que se dice un tipo chulo, ni excesivamente guapo, aunque tampoco feo, otra circunstancia que propiciaba aquel estado era su dedicación a los estudios y el trabajo.

Al no frecuentar fiestas ni clubs era más difícil que conociera chicas, tampoco perdía el tiempo metiéndose en redes sociales de ligoteo.

Eso no quiere decir que fuera antisocial, tenía muy buena relación con sus vecinos que sabían que podían contar con él cuando lo precisaran: Que, si me puedes tener el perro estas vacaciones o pasar a dar de comer a los gatos mientras estamos fuera, hacer de canguro de los niños o primeros auxilios cuando a la nena le comenzaron a salir unas extrañas manchas por haber tocado no sé qué bicho.

Ello hacía que no sintiera demasiado el peso de la soledad, siempre le invitaban a fiestas familiares o barbacoas, y en navidades, como todo el mundo sabía que sus padres habían fallecido hacía tiempo en un accidente aéreo le obligaban a compartir mesa en casa de algunos vecinos.

De todas formas procuraba no recargarse demasiado porque a su alrededor todo eran familias más o menos jóvenes, con y sin hijos, en alguna ocasión había coincidido en aquellas fiestas con alguna cuñada soltera o divorciada, pero la cosa no había cuajado, le encontraban agradable, pero no seductor.

Jennifer era una cajera de supermercado de treinta y dos años que estaba cansada de su situación actual y de la forma como había llegado a ella. Juerguista impenitente, había tenido más novios que dedos en manos y pies, pero ninguno quiso comprometerse con ella, ni tampoco ella lo propició demasiado porque si en su horizonte aparecía un tío más chulo, alto y guapo o con un coche mejor podía plantar

tranquilamente al noviete actual, pero los años pasaban y pesaban y se daba cuenta de que ya en algunas ocasiones los tíos chulos las preferían más jovencitas.

En una conversación, su madre, una inmigrante que se tenía que ganar la vida fregando escaleras, le dijo: “¿Y tú qué, vas a seguir puteando hasta que estés arrugada y los hombres no te quieran mirar a la cara?, ¿Y luego, recogerás un montón de gatos y serás una vieja sola y amargada?”.

Jennifer la mandó a paseo, pero aquellas frases quedaron enganchadas en su alma.

A partir de aquel instante decidió que tenía que dejarse de amantes playeros y buscar un marido que le diera una casa, hijos y buena vida.

A partir de entonces pasó de ser la cajera antipática que está hasta las narices de su trabajo y de todos los que vienen a comprar, a una depredadora-seductora al acecho.

Andrés, que era cliente habitual de aquel súper, no pasó desapercibido a ojos de ella, primero fueron unas preguntas inocentes para asegurarse de que era la víctima propiciatoria, luego tácticas menos sutiles como quedar de acuerdo con las compañeras para cerrar su caja justo detrás del chico, ayudarle a empaquetar, salir con él del supermercado y decirle: “Es la hora de mi desayuno, te invito, no me gusta desayunar sola, eso sino te da vergüenza tomar algo con una cajera de supermercado”.

Aunque tímido, Andrés era todo un caballero y le aseguró que muy al contrario estaría orgulloso de compartir mesa con una chica tan guapa como ella.

Jennifer no era una belleza extraordinaria, se puede decir que era resultona, tipo explosivo, larga melena castaña y rostro aceptable.

Ella supo llevar la conversación a su terreno: “¿Y qué haces los fines de semana?... ¿Buceo?, a mí me encantaría probar, pero como no tengo coche para ir a esas playas que tú dices... En mi pequeña moto no llegaría nunca”.

Por supuesto, él la invito a que le acompañara el fin de semana siguiente y ella aceptó encantada.

A Jennifer ni se le había ocurrido jamás meter la cabeza bajo el agua, para ella la playa era: Hamaca, bronceador, música, cerveza y chicos atléticos luciéndose, pero sabía fingir bien, sobre todo cuando tenía un objetivo, por tanto, simuló a la perfección arder en deseos de aprender a bucear.

El día que fueron, ella procuró no parecer una tontita desgarbada sino una mujer atlética y deportiva, digna compañera de un hombre amante de la naturaleza, tampoco le resultó tan difícil porque acostumbrada a cargar cajas y rellenar estanterías no era

precisamente debilucha, sólo tuvo que aguantar un poco el miedo, pero cuando tenía un objetivo sabía controlarse.

Hay que reconocer que como seductora tenía tablas, no se lanzaba en picado, sino que sabía hacerse la tímida e inocente cuando convenía y apasionada en el momento justo, insinuar pero sin dar, una verdadera marea de morbo.

De su vida explicó una verdadera novela, abandonada por su novio que la dejó para casarse con una mujer rica, había perdido la fe en los hombres, si por un milagro encontraba alguno que no fuera un cerdo desearía pasar a su lado el resto de la vida.

Decidieron que el mejor sitio para hacer la merienda-cena sería la propia casa de Andrés, primero de todo una ducha mediante la cual ella demostró ser una verdadera artista saliendo vestida solo con una toalla que justo le tapaba desde el vello púbico hasta la punta de los pezones para decir que no encontraba la loción hidratante.

Otro momento magistral fue cuando le pidió que le pusiera Aftersun en la espalda dejando parte de las nalgas al descubierto, cuando él llegó a esa zona le dijo: “Hey, abusón”, Y el pobre chico se puso rojo como un tomate.

Como hacía calor ella se quedó con camiseta y bragas, cocinaron el marisco que habían cogido acompañado de un delicioso vino blanco del que tuvieron que abrir una segunda botella, tomaron un poco de champagne con el postre en el sofá del salón, ella se apoyó en su hombro, luego le dio un besito, apenas un roce con los labios y las gracias por un día tan maravilloso, a lo que él respondió que lo maravilloso de aquel día era su compañía.

Jennifer difícilmente podría opinar acerca de un tratado filosófico, pero sabía ser divertida, coqueta, dulce, romántica y muchas cosas más, con lo cual el tiempo transcurrió a la velocidad del rayo, en un momento dado ella comentó: “Es hora de marcharme, pero con lo que he bebido no puedo coger la moto para ir a casa”.

“No te preocupes, ya te llevo yo con el coche”.

“El caso es que tú también has bebido, además no me solucionas nada porque si dejas la moto aquí ¿Cómo voy mañana al trabajo?... ¿Te importaría si me quedo aquí a dormir?”.

“Claro que no, tengo dos habitaciones libres”.

“¿Y un pijama para prestarme?”.

“Por supuesto, lo que quieras”.

Andrés no podía dormir por varias razones, se había quedado caliente como un mico y no podía dejar de pensar en lo extraordinario de la situación, había pasado el día

con una chica y ahora la tenía durmiendo en su propia casa, estaba sumido en estas reflexiones cuando se abrió un poco la puerta de su habitación y una voz dulce dijo: “Andrés, ¿Puedo pasar?”.

“Si, por supuesto, no estaba dormido”.

“¿Tu, tampoco?, no sé qué me pasa que no puedo dormir, (En realidad ella estaba muerta de sueño pero se lo aguantaba) ¿Te importa que te acompañe un Rato y charlamos?”.

“Claro que no, pasa, pasa”.

Andrés se dio cuenta de que la chica llevaba puesta sólo la chaqueta del pijama apenas abrochada con un botón y como la talla no era muy grande apenas le llegaba a tapar el culo, pero no tuvo mucho tiempo para reflexionar porque de inmediato ella se metió en la cama diciendo: “Aunque es verano por la noche refresca”.

“Si, hace días que apagué por completo la calefacción”.

Jennifer se abrazó a él mientras decía: “Bueno, contigo seguro que entro en calor enseguida”.

Cuando ella pasó una pierna por encima suyo Andrés percibió el roce del vello púbico apoyado en su costado con lo cual el pobre muchacho estaba como en una parrilla eléctrica, no era virgen, pero por casualidad, en una despedida de soltero sus amigos le habían metido a empujones en una habitación con una prostituta de lujo, pero era la primera vez que compartía la cama con un ligue.

Notó como le desabrochaba uno a uno los botones del pijama y le pasaba una mano por el pecho diciendo: “Me encanta que los hombres tengan pelo en el pecho, son hombres de verdad y no esos mamarrachos musculitos que al depilarse parecen putas ranas”.

En realidad, a ella le pirraban los musculitos depilados, pero sabía mentir como una bellaca, al cabo de un rato, como él no tomaba ninguna iniciativa le giró la cara hacia ella diciéndole: “¿Tan fea te parezco que no me vas a dar ni un beso?”.

“¡Que dices fea!, eres preciosa, la mujer más linda con la que he estado (En eso no mentía porque era la única) pero no me gusta que pienses que quiero abusar de ti”.

“Tranquilo, cuando crea que abusas de mí ya te daré una bofetada, pero flojita, hasta entonces no hay problema”.

Se besaron, se acariciaron, ella se quitó el pijama y le quitó el suyo, bajó la mano por su vientre y tomó su pene suavemente, él comenzó a decir: “Jenny, no quiero que creas que quiero aprovechar que has bebido un poco para...”.

Poniendo un dedo en sus labios no le dejó terminar las palabras mientras repetía una frase que recordaba de una película: “No hables, hay momentos mágicos que cualquier cosa que se diga puede estropearlos”.

Acto seguido se tumbó boca arriba con las piernas abiertas, tuvo que estirar de él para que se situara encima suyo, conducir su pene hacia sus labios vaginales bien lubricados con Vaginesil y empujar su culo para que se atreviera a penetrarla, el pobre Andrés no duró ni dos minutos sin eyacular, tras lo cual todo eran disculpas a lo que ella le contestó: “Calla tonto, seguro que llevabas demasiado tiempo sin estar con una mujer, pero la siguiente vez te saldrá mejor”.

Efectivamente llevaba mucho tiempo, siete años, desde que estuvo con la prostituta, Jennifer se comportó muy dulcemente y al cabo de un rato ya volvía a tener una hermosa erección, en este segundo coito pudo aguantar bastante más, como ella no sabía cuánto podría durar no tardó en fingir un orgasmo bestial y al cabo de un rato hasta consiguió tener uno de verdad, no de los mejores, pero un orgasmo al fin y al cabo.

El pobre chico creyó que era un amante maravilloso y ella que era el polvo más pobre que había pegado en años.

A partir de aquello ella opinó que por fin podía dar rienda suelta al sueño que la embargaba y durmió abrazada al chico roncando suavemente mientras él pensaba que era el hombre más feliz del mundo.

El sol y el despertador les alertaron, tomaron una ducha conjunta en la enorme bañera, desayunaron y cada uno se fue a su trabajo, antes de eso él le dijo: “¿Querrás que te llame para quedar otra vez?”.

“Te romperé todos los cristales de la casa a pedradas si no lo haces, pero debo pedirte un favor”.

“Lo que tú quieras”.

“No vayas por ahí alardeando de que has seducido a una pobre cajera del súper, yo tampoco explicaré nada, y si nos vemos en la caja pues... Como siempre”.

“Tú no eres una pobre cajera de súper, eres una mujer maravillosa y lo seguirías siendo, aunque limpiaras alcantarillas”.

Quedaron para el próximo fin de semana y los siguientes, ella pensó que, aunque era un amante de segunda clase, si lo entrenaba podría hacerla disfrutar un poco más y se dedicó a ello sin que se le notara demasiado, también fingía interesarse por sus aficiones, como la naturaleza y las excursiones, aunque la naturaleza que más le

gustaba eran unas gambas a la plancha o un pene enorme unido a un cuerpo musculoso, cosa que él no poseía.

En una ocasión en que ella le comentó que le habían subido el alquiler de su pequeño apartamento, lo cual era una injusticia porque estaba situado en un mal barrio en el que incluso era un peligro para una mujer llegar tarde a casa él le dijo: “¿Y porque no te vienes a vivir conmigo?, te queda un poco más lejos de tu trabajo, pero como el camino es más despejado tardarás lo mismo en llegar”.

Jennifer puso cara de sorpresa y contestó: “Pero cariño, yo seguramente con mi sueldo no podré compartir los gastos de esta casa”.

“¿Pero qué dices tonta?, solo faltaría que mi novia tuviera que pagar por venir aquí y hacerme feliz, además siempre te quejas de que no puedes ahorrar, así seguro que lo consigues”.

Dicho y hecho, ella cargó sus bienes más preciados en un par de viajes de coche, procuró vender el resto y lo que no pudo lo regaló, era un viaje sin retorno.

Al cabo de unos cuantos meses ella se quedó embarazada y decidieron dos cosas, que dejaría el trabajo para poder cuidarse y que se casarían, la trampa se había cerrado sobre el pobre Andrés sin que él sospechara lo más mínimo.

La boda fue bonita pero no fastuosa, por parte de la novia acudió su madre, alguna amiga y poca cosa más porque el resto de los parientes residían a miles de kilómetros y hubieran necesitado un visado especial para poder realizar el viaje.

Jennifer intentó congraciarse con los amigos y vecinos de su marido, pero tratando de no implicarse demasiado en sus celebraciones ya que le costaba bastante esfuerzo simular una clase moral que de por sí no poseía.

De sus propias amistades se aisló por completo, aunque echando la culpa de ello a su pobre marido calificándole de buen chico pero maniático, no deseaba que por alguna indiscreción él llegara a conocer el tipo de vida que había llevado anteriormente.

Cuando nació su primera hija Andrés tocó el cielo con las manos, apenas siete meses después del parto ella se volvió a quedar embarazada, tuvieron una segunda niña y decidieron que ya era suficiente, como mujer de amplias caderas y pechos generosos no tuvo ninguna dificultad en parir y amamantar a sus niñas.

Hay que reconocer que en aquel primer par de años ella supo hacerle feliz, tampoco es que necesitara mucho para serlo, una amorosa mujercita que le aguardaba sonriente y escuchaba las incidencias del día como si le interesaran.

También, durante ese tiempo ella le fue fiel, no por propia convicción ni falta de ganas sino por astucia, no quería que un devaneo tonto le estropeará el montaje.

Pero es difícil mantener un papel falso durante años y Jennifer se acabó cansando, había parido dos hijas por tener asegurado el anzuelo, pero no por instinto maternal, la señora que tenían contratada para limpiar la casa y cuidar las niñas era más madre que ella, e incluso la querían más.

Con una u otra excusa dejó de tener relaciones con nuestro pobre Andrés que no entendía lo que estaba pasando, además se pasaba los días fuera de casa y a veces regresaba tarde y con alguna copa de más.

A pesar de ello el muchacho la seguía queriendo e incluso en una ocasión le salvó la vida. Era una de esas ocasiones en que ella tomaba el sol en el jardín escuchando reguetón con los cascos puestos, notó un roce en el costado, dio una palmada y la avispa le picó.

Se levantó hecha una furia, remató al bicho a toallazos y entró en la casa gritando como una posesa mientras el dolor se le hacía insoportable.

Alfredo le preguntó qué había pasado mientras ella casi ni podía hablar y se iba hinchando como un monstruo, el muchacho actuó con rapidez, se dio cuenta que su mujer era absolutamente alérgica a la picadura de aquel insecto y posiblemente no llegaría viva al hospital, por suerte él tenía en la bohardilla su pequeño despacho laboratorio, tomó un par de productos y se los inyectó, hizo unas consultas rápidas en Internet y le suministró alguna sustancia más, al cabo de tres horas ella estaba mucho mejor, por suerte aquel fin de semana las niñas estaban de excursión con el colegio y se ahorraron el drama.

Fue entonces cuando le dijo de ir al hospital, pero ella se negó en redondo preguntando: “¿Con lo que me has puesto ya lo he superado?”.

“Estoy convencido de que sí, pero preferiría que te viera un especialista”.

“Allí, no van a ser más listos que tú, otra cosa no tendrás, pero de bichos y mierdas entiendes un rato, no quiero que me vea nadie así de horrible, ni sueñes en sacarme de casa hasta que no esté perfecta y no se te ocurra andar chuleando de que me has salvado, no quiero que se lo cuentes a nadie, ni a las niñas, ¿Entendido?”.

“Como te parezca, si quieres puedo estudiar el veneno de la avispa e ir preparando una especie de vacuna, tendría que inyectártela una vez por semana durante algún tiempo hasta aseguramos de que ya no te hace esa reacción”.

“Estás loco si crees que voy a dejar que me vayas metiendo vete a saber que mierda en el cuerpo, aquí no hay avispas, es la primera vez que veo una, sólo tengo que ir con más cuidado y listo, además la primera vez me ha cogido muy fuerte pero una segunda ya no sería tanto porque mi cuerpo ya estaría más preparado”.

Alfredo no quiso discutir ni explicarle que sería justo al contrario y la segunda vez posiblemente sería peor, simplemente dijo: “Como tú quieras”.

Lo que si realizó fueron las pruebas necesarias para asegurarse de que sus niñas no habían heredado dicha debilidad, quedó muy aliviado cuando comprobó que no había sido así.

Con el tiempo la relación no hizo sino empeorar, cuando las niñas tenían cinco y siete años respectivamente Jennifer se lio con un amante regular, un mulato musculoso diez años más joven que ella, un vicioso sin oficio ni beneficio.

Finalmente, ella se decidió, un fin de semana en que Alfredo estaba arreglando el jardín les dijo a las niñas que subieran a su habitación y no salieran, que tenía que hablar con papá, seguidamente tomó la puerta de la cocina y se dio varios golpes en la cara con ella y luego con el rodillo de amasar el pan por todo el cuerpo, sabía que era propensa a los hematomas y con esos golpes su cuerpo parecería el mapa de Indonesia.

Seguidamente telefoneó a la policía, no le costó nada llorar porque realmente se había hecho daño, las niñas bajaron y le preguntaron qué había pasado: “¿¿No me veis, vuestro padre me ha pegado!!?”.

“Hala, pero si le hemos visto todo el rato por la ventana cortando el césped”.

Les agarró por el brazo a cada una y las arrastró a la cocina allí sacó un enorme cuchillo del cajón y acercándose a la cara les dijo con cara de furia: “Pues vosotras no habéis visto nada ni sabéis nada, sino estáis muertas, ¿Vale?”.

Las pobres crías subieron llorando y temblando a su habitación.

El pobre Alfredo sin saber cómo ni porqué se encontró con una patrulla de policía en la puerta de su casa que lo detuvo sin contemplaciones, en comisaría y el juzgado de guardia Jennifer demostró sus dotes de actriz, llorando, gimoteando y pidiendo amparo, de nada sirvió que el pobre muchacho clamara por su inocencia, orden de alejamiento de su mujer, su casa y sus hijas.

En el divorcio no le fue mucho mejor, la jueza era un puntito feminista y lo perdió todo, casa, coche, perro, hijas... Eso sí, tenía que pasar una pensión a su exesposa y otra por sus hijas y seguir pagando la hipoteca de la casa.

Los psicólogos que tomaron declaración a las niñas dijeron que estaban traumatizadas por lo sucedido y no podían aportar ningún dato relevante.

A partir de aquel momento Jennifer ya pudo vivir en la casa con su amante mulato y musculoso, si alguien insinuó algo dijo que era un primo suyo que la estaba

protegiendo por si su marido volvía para pegarla, nadie la creyó, pero no dijeron nada.

Ninguno de los amigos y vecinos de Alfredo pensó que de repente hubiera enloquecido y se hubiera dedicado a golpear a su mujer, conociéndolos suponían que hubiera sido más fácil lo contrario, por lo tanto, hicieron un vacío total a la que consideraban una estafadora aprovechada.

En lo único que estaban dispuestos a colaborar era en lo referente a las niñas, así un fin de semana en que ella pidió que se las cuidaran para poder largarse a una juerga de reguetón que se celebraba no sé dónde, (Aunque ella dijo que era para visitar a un familiar enfermo) no le pusieron ninguna pega.

Eso sí, en cuanto los vieron marchar con el coche telefonearon al desdichado Alfredo que hacía tiempo que no veía a sus niñas, en veinte minutos estaba allí dispuesto a pasar unas horas con sus hijitas.

Después de los primeros besos y abrazos la conversación derivó en preguntarles que tal lo estaban pasando, el pobre hombre se quedó aterrorizado cuando oyó decir a la mayor: “Bueno, parece que mamá ahora está más contenta, a veces dice que ha sido muy lista de poderle quitar la casa al imbécil ese, el que no nos gusta nada es el Jesús Bautista”.

“¿Porqué, que es lo que le pasa?”.

“Porque cuando no está mamá nos toca aquí, y a mí me quitó las braguitas y me pasó la lengua, me dio mucho asco y me puse a llorar, luego se saca una cuca muy grande que tiene, y se la empieza a mover hasta que chilla y le sale un pipí blanco”.

“¿Pero se lo habéis dicho a mamá?”.

“Si, pero dice que eso solo son caricias y que lo hace porque es muy cariñoso, pero que si se lo explicamos a alguien nos matará cortándonos a trozos, igual que cuando dijimos que tú no le habías pegado”.

“¿Y la abuela lo sabe?”.

“Si, pero dice que nosotras hemos de hacer lo que mamá diga y listo”.

“¿Y si llamo a la policía os atrevierais a explicarlo?”.

“No, sólo a ti porque sabemos que nos quieres mucho y no dirás nada a nadie, pero a ningún otro porque Jennifer nos mataría”.

Cuando Alfredo habló con los vecinos sobre este tema no paraban de animarle para que denunciara el caso pero él les dijo: “No es tan sencillo, en principio tendría que

confesar que he roto la orden de alejamiento, mal principio para un juez, como las niñas están aterrorizadas no dirían nada y constaría que todo lo he inventado yo, además las pondría en una situación horrible porque mi ex sabría que me lo han contado todo y se vengaría en ellas, tengo que actuar de forma más sutil.

Cuando Jennifer recogió a las niñas, la pequeña estaba temblando y a punto de echarse a llorar así que preguntó: “¿Qué demonios le pasa a esta, que habéis hecho allí dentro?”.

La mayor fue lista y supo reconducir el tema diciendo: “Que hemos visto la película de un niño que tiene un perrito y se le muere porque nadie lo cuida, y tiene miedo de que al nuestro le pase lo mismo”.

La pequeña aprovechó la onda y añadió llorando: “Es verdad, está siempre solito en el jardín, y se va a morir, como el de la película”.

“Dejaros de tonterías, ya os dije que el sitio de un perro es el jardín, no le pasará nada”.

Aquel día Alfredo tomó una determinación, lo que a él le hubiera pasado o le pudiera pasar no era relevante pero no permitiría que sus hijas vivieran ese infierno, la semana siguiente habló con sus superiores y les propuso realizar un estudio de como el cambio climático afectaba a los animales autóctonos y controlar como estos estaban emigrando hacia los lugares habitados en busca de refugio y sustento.

No le pusieron pega alguna porque era muy apreciado y una eminencia que daba prestigio a la universidad en todo lo que hacía, así que pusieron a su disposición los recursos necesarios.

El siguiente paso fue explicar a sus vecinos la nueva investigación que la universidad le había encomendado y pedirles permiso para instalar pequeñas cámaras minúsculas y muy disimuladas en sus tejados y jardines, así como micrófonos amplificadores de sonido ultra sensibles para controlar la fauna que merodeaba por aquella zona.

Como casualmente la mayoría de las cámaras y receptores apuntaban hacia la casa que ahora era de su exmujer, nadie se tragó lo de la fauna, pero le dieron permiso con una amable sonrisa de incredulidad.

Dado que aquellos aparatos transmitían la información en directo a su estudio, e incluso a su furgoneta de trabajo, tenía a Jennifer y su amante controlados en tiempo real, de esa forma sabía cuándo la pareja se largaba de juerga dejando las niñas solas, eso le permitió volver a verlas más de una vez.

Disimuladamente llegó a grabar e incluso filmar las atrocidades que las niñas le explicaban, lo deficiente de su alimentación, los abusos del mulato, las amenazas de su madre y la imposibilidad de que papá la hubiera golpeado si estaba en el jardín,

pero sólo le sirvieron para que sus vecinos-amigos se cercioraran de lo que ya sospechaban porque al haberse obtenido de manera completamente ilegal no servían como prueba.

Un día llegó con un paquete a casa de sus mejores amigos, los vecinos que vivían justo enfrente y les dijo: “El cambio climático puede provocar la aparición de especies invasoras dañinas, tener estos espráis de insecticida muy a mano pero no los uséis salvo en caso de extrema necesidad, son de acción instantánea contra las avispaas”.

“Pero aquí no suele haber”.

“Ya os he dicho que el cambio climático puede variar sus costumbres, eso sí, no repitáis a nadie esta conversación, y si llega el caso no digáis nunca que os los he dado yo”.

Alfredo llevaba una furgoneta con el logo de: “Control medioambiental” y se movía por la zona ataviado con un mono de idéntico logo, un casco, mascarilla y visor protector, con ese atuendo y al haberse afeitado la barba estaba prácticamente irreconocible.

Días después surgió la oportunidad que estaba esperando, mediante las cámaras y audífonos supo que Jennifer y su amante estaban retozando en el salón medio borrachos mientras veían un filme porno y las niñas jugaban en su cuarto en el piso de arriba, al mismo tiempo tres parejas de sus mejores amigos preparaban una barbacoa en el jardín de enfrente.

Aparcó su furgoneta en la parte trasera de la casa, ordenó silencio a su perro que le obedeció al instante, desplegó una ligera y larga escalera hacia la chimenea, abrió una caja y arrojó su contenido por el tubo, acto seguido bajó apresuradamente, pero en silencio.

Sus vecinos le vieron y uno comentó: “¿Que hace Alfredo allí arriba?”.

Su mujer, que era muy lista contestó: “¿Que dices?, allí arriba no hay nadie, además Alfredo ahora está en la playa controlando los bichos marinos, le hemos visto cuando hemos pasado por allí”.

Su marido sonrió y dijo: “Es verdad, ya no me acordaba”.

La más inocentorra del grupo comentó: “Pero si hoy no hemos pasado por la playa”.

Cinco rostros escrutadores se volvieron hacia ella diciéndole: “¿Como puedes no acordarte?”, “Tienes un principio de Alzheimer”, “Pero si tú has sido quién lo ha divisado”.

A la pobre mujer se le cruzaron los cables durante unos segundos, luego la luz se hizo en su cerebro, sonrió y dijo: “Ya me acuerdo, estaba recogiendo caracolas y aún debe estar allí”.

“Menos mal, nos tenías preocupados”.

Al caer el nido de avispas en la piedra de la chimenea apenas hizo ruido y con el televisor a todo volumen y la medio curda que llevaban, la pareja que retozaba no se enteró de nada, después de unos segundos de conmoción sus habitantes salieron zumbando enfurecidas.

Si hubieran permanecido quietos y en silencio tal vez no les hubieran picado, pero hicieron justo lo contrario, chillar, saltar, manotear, intentar matarlas con una revista... En pocos minutos Jennifer estaba agonizando y el mulato, con una docena de picaduras se puso unos pantalones como pudo, salió chillando de la casa perseguido por alguno de los insectos, se metió en su destartado coche y salió enloquecido camino de algún centro médico.

Las niñas abrieron la puerta de su cuarto para ver qué pasaba, les entraron tres o cuatro avispas que les propinaron unos buenos picotazos pero fueron lo bastante inteligentes como para cerrar la puerta, abrir la ventana y pedir ayuda.

Cuando el grupo de la barbacoa vio salir de aquella manera a Jesús Bautista y oyó los gritos de las niñas tuvo un momento de pasmo, pero la dueña de la casa reaccionó de inmediato diciendo: “Los insecticidas, rápido”.

Por suerte habían seguido el consejo de Alfredo y los habían dejado en el propio recibidor, entraron por la puerta que había quedado abierta de par en par nebulizando delante suyo, por suerte aquel producto era fulminante, dejaron atrás el cadáver hinchado y retorcido de Jennifer y subieron a por las niñas, las envolvieron en una manta y las llevaron al hospital más cercano.

De inmediato telefonearon al móvil de Alfredo para ponerle al corriente de lo sucedido, pero como gente inteligente que eran unos y otros, sabían que una conversación telefónica puede ser grabada y le dijeron: “Alfredo, estamos en el hospital Central con tus niñas, les han picado unas avispas, pero no creo que sea muy grave, sin embargo pensamos que su madre ha fallecido”.

“Gracias por vuestra ayuda, voy hacia allí”.

Otros avisaron a la policía para explicarles lo sucedido, acordonaron la casa, llegó el forense y los técnicos, levantaron el cadáver y les preguntaron: “¿Han visto algo fuera de lo normal?”.

“Si, un mulato en pantalón corto que salió gritando como un poseso”.

El informe fue claro, un accidente doméstico, unas avispas habían anidado en el interior de la chimenea y al desprenderse su nido habían atacado a los habitantes de la casa, desafortunadamente uno de ellos resultó ser alérgico a su veneno.

Estando aún las niñas en el hospital Alfredo fue a ver a un comisario que le debía un favor cuando consiguió que unos colegas de un lejano país le enviaran aquel raro medicamento experimental que pudo curar a su hijo, fueron a la habitación del hospital junto con un notario y un sicólogo, Alfredo les dijo a sus hijas: “Tengo que comunicaros que vuestra mamá ha muerto a causa de las picaduras de las avispas, ahora ya no tenéis nada que temer y podéis explicárselo todo a este policía”.

Las niñas se despacharon a gusto, los abusos del mulato pederasta, la pasividad de su madre y su abuela al enterarse, que era mentira que papá la hubiera pegado porque se lo hizo ella, las amenazas y el temor que sentían... Todo ello fue debidamente grabado y puesto a disposición del juzgado de guardia.

El juez, como medida cautelar anuló las disposiciones del juzgado de familia entre otras cosas para evitar el desamparo de las menores, también ordenó la detención inmediata de Jesús Bautista, cuando intentó volver a la casa una patrulla le estaba esperando.

Después de cumplir la condena aquel cerdo fue inmediatamente extraditado del país, la abuela fue acusada de cómplice y llegó a un acuerdo con los fiscales evitando la prisión si marchaba de la nación para no regresar.

El asunto se aireó en la prensa, muy a pesar de Alfredo y la jueza de familia se tuvo que tragar el sapo de ver lo nefasta que había resultado su sentencia, incluso recibió una amonestación de sus superiores y según dicen aquel asunto frenó bastante su promoción.

Jennifer fue incinerada, al cabo de un tiempo Alfredo preguntó a sus hijas que deseaban hacer con aquellas cenizas, la mayor sin dudar un instante dijo: “Al váter”.

Y la pequeña remarcó “Eso, eso”.

Abrieron el inodoro, vertieron las cenizas, tiraron de la cadena y dijeron a coro: “Adiós Mamá”.

Transcurridos un par de años, Alfredo conoció a una divorciada que lo había pasado fatal en su matrimonio, se casaron y al cabo de un tiempo sus hijas le dijeron: “¿Ves?, esto es una mamá y no lo que teníamos antes”.

Cuando al cabo de muchos años el delito por asesinato había prescrito, después de una cena Alfredo charlaba con sus hijas frente a la chimenea, ahora encendida, y la pequeña mirándola, dijo: “Papá, que suerte tuvimos de que las avispas se colaran por aquí, sino no sé qué hubiera sido de nosotras”.

“Cariño... A la suerte a veces hay que ayudarla un poquito, ¿O no sabes que tu padre es biólogo?”.

Las chicas abrieron unos ojos como platos, comenzaron a reírse como locas y a decirle: “¡Que cabrón!”, “Y le creíamos tan santito”, “Eres genial”.

La segunda madre salió de la cocina y preguntó: “¿Que chiste me he perdido?”.

“Nada, que nos hemos enterado de que papá es malo y perverso”.

“¿Este?, si es más bueno que el pan bendito”.

“¿Lo veis, so zorras?, así que a callar u os pondré un escorpión africano bajo el culo”.

FIN...